

DOLINA



NARRATIVA

4/9/2018

VELÁZQUEZ



Tenía una especie de afición por coleccionar las cajas de fósforos que traían consigo historias medievales, impresas en los lomos, metáfora del reciclaje luego del provecho.

Recopilaba papeles de golosinas, de múltiples colores, procedencias o marcas. Le interesaba ensamblar los cuentos que adornaran los pliegues, en ínfimo tamaño, le daba sentido a la vida estampada de unos personajes y se perdía horas inventándoles relaciones intrincadas.

Algunos folletos capturados en la vía pública, burda propaganda de supermercado y sastrería, tenían para él un significado muy particular. Lo que lo cautivaba se encontraba escondido, implícito en la tinta y en el sudor de la persona disfrazada que los entregaba. Símiles a esos “votos entregados antes de las elecciones”, los frágiles papeles que intentaban dirigir las intenciones, estos folletos apelativos eran lacayos de unas empresas que monopolizaban la tinta, pero jugaban para diferentes equipos. La actuación era tan potente que necesitaba diseccionarla con tranquilidad, en el silencio de su hogar.

La historia siempre tenía algo más para decirle a él que al resto de los mortales no.

Él entendía que los demás seguirían viendo la realidad a través de sus pantallas planas sin siquiera percatarse de la penetración de un *amusement*¹ cultural-sociológico berreta, anti estilístico y taxativo. No hacía falta estudiar para darse cuenta de ello y eso era lo que más contradictorio le parecía.

“Ugh, qué corte de mierda... qué pedazo de hijo de puta” mascullaba mirándose al espejo, incisivo, las cejas enarcadas, mientras se sostenía en posición vertical sólo con la fuerza de su pierna izquierda. Con la diestra formaba una letra “L” invertida –en imaginario plano cenital– apoyado el pie en la blanca y fría porcelana del bidet. Unos gestos de dolor. Los dientes aprisionando la lengua, bruxismo vespertino, refrenaban los insultos: afeitarse las bolas era una actividad higiénica que había acaparado mucho de su agenda y se la permitía para no pensarse dimitente o sucio, víctima absurda de su auto infligida pedantería.

Pero nada valía la pena. Su novia no lo valoraba quizás porque él, en su afán ciclotímico de hallar refugio en unos brazos cualesquiera, la había mal acostumbrado a la pulcritud de su espíritu, flojo y servil, abúlco y predecible, y el ser humano necesita desafíos y aventura.

Sus obsesiones lo condenaban al ostracismo, a tal punto que los cafés se sucedían en diversas locaciones, tugurios todas ellas, como si buscara de verdad un punto de alivio o de contacto con su alma magullada.

De tanto dolor espiritual, había olvidado llevarse los sobres de azúcar que lo alentaban a concebir una vida llena de motivación, de culto a la salud física y

¹ Entretenimiento.

mental, que ofrecían escasos argumentos, pero claro... ¿quién puede oponerse a la placentera dictadura del ritmo, al penetrante sonido del atajo?

Alan era un caso particular: nadie podía leer su aura, al menos no sin asustarse un poquito. Las desavenencias de su pasado o bien la incertidumbre de su presente, alborotaban a los magos del barrio, a los brujos de la taberna, a las videntes de la kermés. Su aliento desdibujaba las barajas y su mirada derretía el cristal. Lo detestaban, era un espanta clientes y, sobre todo, un callejón sin salida.

Martes a la mañana. El día más intrascendente se convertía en el más calamitoso. Sin adjetivos en la mente, sin poesía, se abandonó a caminar por la plaza como si estuviera poco y nada perturbado. Así fue como el canto de las aves le hizo el amor a sus oídos y como su lengua se desenlazó para iniciar un diálogo consigo mismo, actividad suscitada en el desvarío. Un loco bien cuerdo de fortuna esquiava.

Opinaba que la burocracia empresarial llevaría a la bancarrota de manera inmediata a los cazadores de talentos que se dormían en los laureles de un ayer cercano.

La otra voz retrucaba la imposibilidad de visualización de las oportunidades manteniendo el culo sentado en una silla. Su dialéctica quejosa (bien fundamentada, pero inconsistente de tan repetitiva, al fin de cuentas) y adverbial le era funcional para ejemplificar las desgracias laborales.

Interrumpía esa desubicación tan característica de las causas destructivas para destacar el error: sus esfuerzos eran proporcionales al dolor que le propinaba la obviedad del engaño, de la gambeta, de la postergación.

¿Qué sentido tenía dilatar el regocijo de unas cuantas cuerdas con la conciencia tranquila? Vio la fuente con agua sucia, los árboles encomendados al desdén otoñal. Notó las veredas, también: baldosas llenas de mugre de otros pies preocupados, siempre indiferentes. Cada paso era una historia y cada una de ellas, una lágrima o una risa desorientada.

Alan empleaba la filosofía del desterrado, del ignorado. A todo le encontraba una belleza exótica y sentía que debía escribirlo aunque nadie lo leyera. Nada de eso importaba cuando, cual corte transversal de la piel humana, veía en detalles extra finos la calidad de su educación, lo acertada que era su amplitud de conocimientos, lo bien fingida que era su simpatía en caso de así requerirla, lo bien ensayado y actuado de su comportamiento y, a su vez, cómo se desenvolvía y sabía aprovechar y procurarse la información a través de medios alternativos... no servía de nada. Porque a los ojos del mundo posmoderno, capitalista, consumista... Alan era un gran fracaso.

Sin trabajo y con la crisis a sus pies, las frases reparadoras y los cursos de armonía, anhelos de mejora, no alcanzaban para producir la chispa interior. No calificaban los premios obtenidos con esfuerzo, no servían los consejos. Ya no. Siempre probando e intentando. Siempre esperando.

La paciencia ¿es un don? ¿Es un bien? ¿Una cualidad? ¿Una tierra infértil que se labra todos los días para modificar su condición? Presos del peor de los males, la esperanza, somos engañados y formateados para la búsqueda.

Después de transitar su oscuridad en el día más soleado del mes y apagar el televisor que había quedado encendido en la cocina, Alan masticó todas esas ideas que alguna vez pensó y escribió en borradores bastante prolijos.

Las acomodó y se las repitió a sí mismo para no volver a fallar. Una vez terminado ese solemne acto de derrota asumido con hidalguía, se sentó en una silla de plástico y respiró profundo, se hundió en el cenote de su intrascendencia. Tomó impulso, arqueada la columna vertebral, y se rompió la cabeza contra el vidrio de la mesa ratona, mientras su celular comenzaba a sonar con el tono predeterminado asignado a su novia Carmela.